

**José Luis BETRÁN MOYA (ed.), *La Compañía de Jesús y su proyección en el mundo hispánico durante la Edad Moderna*, Madrid, Sílex, 2010. 343 pp. ISBN: 978-84-7737-290-5.**

A finales del mes de octubre del 2008, el *Grup de Recerca d'Estudis d'Història Cultural* (GREHC) organizó un Seminario Internacional titulado "La Compañía de Jesús y su proyección mediática en la Edad Moderna". En él se reunieron expertos españoles, italianos y mexicanos para analizar los medios empleados por los jesuitas en los siglos modernos para lograr su expansión planetaria. Casi un año y medio después de que esto se produjera, vio la luz el libro que presentamos en estas páginas, su hermano gemelo cuasi homónimo. Ambos comparten el objetivo general de mostrar los métodos y efectos de la propaganda jesuítica en la Edad Moderna, pero este último incluye un abanico temático más amplio, aunque no por ello sea el más completo, como veremos a continuación.

Los objetivos e intenciones de los autores son presentados desde la propia cubierta del libro. En ella se reproduce una imagen que antecede a la portada de la obra del jesuita italiano Daniello Bartoli *Della vita e dell'Istituto di S. Ignatio, fondatore della Compagnia di Giesù* (Roma, apresso Domenico Manelfi, 1650). Es una exaltación de la Orden, especialmente de la figura canonizada de su fundador, Ignacio de Loyola, y una representación de la proyección mundial que la Compañía tuvo desde sus primeros años de existencia. El mundo conocido a mediados del siglo XVII se muestra a través de las alegorías antropomorfas de los cuatro continentes (África, América, Asia y Europa), del mismo modo que se puede observar en los frescos realizados por Andrea Pozzo para la techumbre de la nave central de la iglesia de *Sant'Ignazio* en Roma. En el grabado resalta la luz que, siendo emanada por la Santísima Trinidad, es repartida por Ignacio a las distintas partes del mundo, personificadas por tipos reconocibles por la etnia, ropajes y atributos que les acompañan. Tal imagen apoya a la perfección a la obra y a su título, que hacen más referencia a una concepción menos territorial y más relacionada con la fama y la notoriedad que los hijos de San Ignacio adquirieron en los siglos modernos, incluso teniendo en cuenta la parte negativa que estos conceptos pueden tener.

Como veremos en las próximas páginas, a lo largo de la obra se atienden los distintos medios que desplegaron los jesuitas para presentarse al mundo, especialmente los relacionados con las Artes liberales, conocimientos que enseñaron en la multitud de colegios que fundaron. De este modo, se trata del papel que tuvieron en materias como la Música, la Arquitectura, la Literatura y la Historia. Pero también se ocupa de las consecuencias que tuvieron en la época el uso de estos medios, especialmente la imagen negativa que se transmitió y que, en cierta medida, ha llegado hasta nuestros días. Haciendo una primera crítica sobre el contenido de la obra, creo que se quedan en el tintero los dos principales medios que los jesuitas desarrollaron para consolidar su influencia en la sociedad moderna, como son la predicación y la dirección de conciencias.

Pero antes de pasar a comentar el contenido de los distintos capítulos, me gustaría hacer una pequeña reflexión sobre el concepto clave del título, que incardina el conjunto de la obra. Me refiero al hecho de utilizar el término *mediático*, tan utilizado hoy día, para un período tan diferente y lejano de nosotros como la Edad Moderna. Considero que calificar como mediáticos a aquellos jesuitas puede entrañar cierta confusión para el lector. Aunque entiendo que con ello se pueda hacer más atractivo el libro a los profanos, tanto en el conocimiento de la Historia, como en el de la Compañía de Jesús, se corre el peligro de caer en el anacronismo de exportar en el tiempo un concepto tan actual, con sus mecanismos, medios y objetivos. Al designar la estrategia jesuítica como mediática, un lector actual no puede evitar evocar o pensar en figuras rodeadas de fama y popularidad, como deportistas de elite o actores de cine y televisión. En cierta manera, estos individuos y los jesuitas de los tiempos modernos tendrían en común el ruido provocado por sus actuaciones, aunque, como digo, en cierta medida y salvando las distancias, por supuesto. El ruido jesuita se manifestó en los continuos problemas y críticas que recibieron y las controversias que mantuvieron, especialmente en sus primeras décadas de existencia. Y esta metáfora onomatopéyica ya fue utilizada por el propio San Ignacio para calificar las consecuencias que tendría en el mundo el ingreso en su Orden de Francisco de Borja, al afirmar que “el mundo no tiene orejas para oír tal estampido”. No es nada comparable con el ruido que provocan aquellas figuras a las que actualmente puede rodear el adjetivo *mediático*. Como lector especializado en el jesuitismo modernista hispano, ni he hecho ni hago tal comparación en el momento de enfrentarme a esta obra. No obstante, reflexionando sobre el tema y poniéndome en el lugar del lector no especializado, creo que tal calificación puede llevar a ese equívoco. Y aunque en cierto modo comparto el uso del adjetivo para definir la expansión mundial y los medios utilizados por la Compañía de Jesús para ello, creo que el autor debería haber reservado algún espacio en la presentación para explicar el porqué de su uso, que se repite varias veces en sus primeras páginas. Aunque el diccionario de la RAE es muy claro al definir *mediático* como “aquello perteneciente o relativo a los medios de comunicación”, considero que el calificativo contiene una serie de componentes que se corresponden más con la actualidad que con lo ocurrido siglos atrás.

Las intervenciones comienzan con una breve, pero muy nutrida en ideas, reflexión de Ricardo García Cárcel sobre el papel que ha cumplido la Compañía de Jesús en la historiografía, desde las primeras historias del siglo XVI hasta el siglo XX. En este sentido, el autor establece que, a lo largo de todo ese tiempo, la labor histórica jesuita ha estado bañada de presentismo y combate, contaminando “todas las miradas hacia atrás [...], que buscaron siempre la justificación o legitimación de lo que hicieron o dejaron de hacer” y siendo usadas para defender y atacar. Al margen de esto, destaca algunos rasgos identificativos, como la búsqueda de los orígenes y su conexión con la Biblia de autores como Juan de Mariana y José de Acosta, la crítica científica de los bolandistas del siglo XVII y la evolución que sufre la imagen de San Ignacio a lo largo del siglo XVI, de Antilutero a santo inmaculado y desarmado ideológicamente.

A continuación, el coordinador de la obra, José Luis Betrán, presenta la imprenta como uno de los medios a disposición de la Compañía para combatir el protestantismo en Centroeuropa, pero también dirigido a la evangelización, fundamentalmente en el continente americano, y al abastecimiento de la amplia red de colegios que fundaron. El acercamiento al mundo de la imprenta jesuítica hispana se realiza en dos vertientes, cuantitativa y cualitativa. La primera se basa en el *Menologio de ilustres y famosos hijos de Ignacio* que Bernardo de Monzón escribió a mediados del siglo XVII, más concretamente en el apartado de los Ministerios titulado “Insignes en número de libros impresos y escritos sobre todas las materias imaginables”. Entre los 228 autores de 18 naciones diferentes y

los 2.152 cuerpos de libros que se mencionan en dicha obra, destacan las obras teológicas, históricas y normativas de la propia Orden. Por otra parte, el análisis cualitativo de la producción impresa, que ocupa la mayor parte del capítulo. Consiste prácticamente en una enumeración de los títulos y los autores más destacados, clasificados en diferentes categorías, como Teología (dogmática, moral y espiritual), Historia y Literatura humanística. El esfuerzo dedicado a tal clasificación es destacable, aunque la inclusión de algunos títulos en una u otra categoría es criticable, debido a la heterogeneidad de temas que se trataban en una misma obra.

El siguiente capítulo sigue la estela del mundo literario, aunque Guillermo Serés se centra en dos de sus manifestaciones, la emblemática y el teatro, dos artes visuales que canalizaron lo conceptual y lo estético en la propaganda jesuítica. De la emblemática se destaca su cercanía con la emblemática seglar, con autores como Andrea Alciato y el uso de figuras y representaciones de origen clásico, adaptadas al cristianismo y con el objetivo de ensalzar a la Compañía de Jesús. Pero es el teatro al que el profesor Serés dedica la mayor parte de sus páginas. A pesar de que muchos jesuitas se opusieron a que la dramaturgia entrara en sus colegios, fue un importante instrumento didáctico y moralizador. El autor incluye en este campo todas aquellas obras que se presentaran públicamente, como las *disputationes*, las controversias o incluso los sermones. De esta manera, la obra teatral formaba parte de la educación integral de los jóvenes, no solamente en el plano espiritual, sino que también les preparaba para la vida en sociedad. La preparación del acto público permitía al joven lograr la urbanidad a través de diferentes aspectos, como el desarrollo de la memoria a través de la retórica y la adquisición de un estilo de locución hábil y elegante mediante la *elocutio*, la *pronuntiatio* y la *actio*. Por otra parte, es destacable que el autor no se fija en los textos, sino que apela al estudio de las representaciones y de los medios empleados en ellas para entender de un modo más profundo cómo las palabras impactaban en el auditorio.

La música también tuvo su lugar en la estrategia de expansión jesuita. Jaime Tortella reflexiona sobre las razones que motivaron a San Ignacio a eliminar este medio en las Constituciones y cómo, con el paso del tiempo y, en función de la localización, la música fue un potente arma de acercamiento en las misiones asiáticas y, sobre todo, americanas. En estas últimas, incluso integró una parte de la educación del indígena, que a través de la construcción de instrumentos podían desarrollar una profesión remunerada, aparte de alejarse de prácticas pecaminosas, como la promiscuidad o la vagancia. Junto con estas reflexiones, el autor finaliza su estudio con una serie de breves biografías de músicos jesuitas que destacaron en esta materia, como Jean Vaisseau, Domenico Zipoli o Antonio Eximeno.

Javier Burrieza se ocupa de los principales signos identificativos de la labor jesuita a lo largo del tiempo, los colegios. Hace una amplia y completa presentación de lo que significaron en la época y los pilares en los que se asentaban. La aplicación del *modus parisiensis*, primero, y de la Ratio, después, fueron toda una revolución en el proceso educativo, encaminado a la formación de ciudadanos útiles para la República, tanto en el plano espiritual (buenos sacerdotes y virtuosos cristianos), como en el terrenal (adecuados funcionarios y gobernantes). En este sentido, no sorprende que la gran mayoría de las fundaciones se realizaran gracias a la dotación económica de las elites del lugar. También analiza los conocimientos que se impartían en sus aulas, destacando materias como Matemáticas, Geografía y Astronomía, donde se encontraban en la vanguardia del conocimiento. Otro ámbito en el que sobresalieron fue la enseñanza de Gramática, un caso en el que incluso consiguieron ostentar los estudios de grado superior. En este punto, es criticable que los casos que analiza pertenecen a las provincias castellana y aragonesa,

olvidándose por completo de Castilla la Nueva (aunque esto puede deberse a que Madrid “se comió” al resto del territorio). Es normal que se centre en la relación con las grandes universidades (Valladolid, Salamanca y Alcalá), pero, en los siglos en los que se mueve el autor, había una gran cantidad de universidades menores, en las que la relación con los jesuitas fue diferente a la que se presenta. El texto también se ocupa de las ramificaciones sociales de los colegios (congregaciones marianas, imprentas, misiones populares, trabajo en cárceles y hospitales) y de la vida en la escuela, especialmente de las librerías que nutrían a profesores y alumnos. En este último caso, el autor pone su granito de arena en el conocimiento interno de los colegios. Ha abundado la producción relacionada con las materias que se enseñaban y con la normativa que las gobernaba, pero todavía siguen sin haberse estudiado en profundidad aspectos relacionados con el gobierno interno institución, como las relaciones entre los distintos miembros de la jerarquía, la de éstos con los escolares o la atención al cumplimiento de las disposiciones de la *Ratio Studiorum*.

La arquitectura es otro de los medios de los que se ocupa la obra. Jesús Criado Mainar prepara una buena síntesis sobre el tema. Pero, en general, no aporta demasiado al conocimiento porque, por momentos, se convierte en una enumeración de casos y descripciones de iglesias, siguiendo de manera muy cercana las obras clásicas sobre la arquitectura de la Compañía de Jesús de Braun y, sobre todo, de Rodríguez Gutiérrez de Ceballos. Otro aspecto criticable del texto es la mayor atención que el autor muestra a las provincias castellanas y andaluzas, algo menor a la aragonesa y, en última instancia, la toledana, casi sin referencias. No obstante, no todo va a ser negativo. El texto comienza con una reflexión muy interesante, que trata de rebatir, curiosamente, la obra de R. G. de Ceballos, al negar la existencia en arquitectura de un “estilo jesuítico”. Sin negar la existencia de elementos centralizadores, las empresas artísticas jesuitas dependieron en su configuración, por encima de todo, de las particularidades y las tradiciones constructivas locales. Aparte de la arquitectura, el profesor Criado Mainar también reserva un espacio a la pintura y la escultura, destacando los retablos y los ciclos de vidas de santos, especialmente los dedicados a los primeros santos jesuitas.

El último medio de propaganda que se analiza en la obra que estamos comentando es la manifestación pública de religiosidad, en este caso, las fiestas que se produjeron en 1622 por la canonización de San Ignacio y San Francisco Javier, al igual que San Isidro, Santa Teresa de Jesús y San Felipe Neri. Eliseo Serrano se fija en los festejos que se realizaron en Madrid, Lisboa y México por su alto contenido político, en los que se pretendía un doble objetivo, que no era otro que mostrar el triunfo universal de la Compañía y las virtudes a través de los santos locales, con lo que se identificaba a los religiosos con el lugar en el que se encontraban. Junto la descripción de los festejos, el autor analiza los elementos alegóricos más utilizados, como eran el zodiaco y los planetas, los cuatro elementos de la naturaleza y las partes del mundo.

Consecuencia de todos estos medios (y los que no se tratan en estas páginas, como dijimos más arriba), la Compañía de Jesús tuvo que lidiar a lo largo de la Edad Moderna con una serie de opositores dentro y fuera de la Iglesia. Estos grupos lanzaron críticas de tal calado y profundidad, que han configurado la imagen que se ha transmitido del jesuita hasta la actualidad. Como veremos a continuación, este tema es abordado en dos fases: por una parte, Doris Moreno Martínez se ocupa de los orígenes del antijesuitismo y de cómo evoluciona a lo largo de los siglos XVI y XVII; por otra, Rosa María Alabrús se centra en lo ocurrido en los territorios catalanes en el siglo XVIII.

Doris Moreno construye la noción de antijesuitismo a partir de aquellos discursos que criticaban a la Compañía de manera general o centrándose en algún tema y desde motivaciones y direcciones diversas, “desde el voluntarismo constructivo de Mariana a la

acidez corrosiva de los discursos protestantes”. Esta noción se asienta en la constitución de un mito que tiene como base el establecimiento de que la Compañía de Jesús era una maquinaria de poder perfectamente engrasada, basada en legiones de súbditos ciegos y absolutamente obedientes al Papa Negro y orientada a instalar un orden universal nuevo. En función de este planteamiento, la autora establece tres fases diferenciadas: 1) Antijesuitismo uterino o antiignacianismo (1526-1556), previo a la fundación de la Compañía, consistente en todos aquellos pleitos y críticas que se levantaron contra Ignacio de Loyola; 2) Antijesuitismo jesuita (1573-1615), formado por todos aquellos memoriales redactados por miembros de la propia Orden a la muerte de Francisco de Borja; y 3) La redacción y difusión de la *Monita Secreta* por el expulsado polaco Jerónimo Zahorowski, que en cuestión de un siglo tuvo más de 400 ediciones por toda Europa. Tres fases diferenciadas, pero con un factor en común, el enfrentamiento y las críticas de religiosos, bien pertenecientes a otras órdenes religiosas (franciscanos, carmelitas descalzos, dominicos), bien procedentes de la propia Compañía de Jesús.

Rosa María Alabrús se centra en las críticas y opositores que tuvo la Compañía de Jesús en el siglo XVIII, fijándose especialmente en el período previo a las expulsiones de Francia, Portugal y España y en figuras como Mayans y Pombal. Plantea que en la batalla publicística nadie era quien realmente parecía ser, puesto que pudo haber jesuitas que se ensalzaron firmando como carmelitas, jansenistas como jesuitas criticando sus acciones o incluso como si fueran el propio papa, censurando a la Compañía de Jesús. Finalmente, todos acabaron uniéndose para conseguir el objetivo de hacer desaparecer a los jesuitas de la vida pública. También tienen importancia en este análisis las consecuencias que tuvo la expulsión, especialmente en el área catalana. En este sentido, la autora maneja el concepto geográfico de una manera muy amplia, puesto que en ese mismo apartado habla de sucesos acaecidos en los reinos de Mallorca y Valencia. Junto a las consecuencias económicas que tuvo la expulsión de 1767, la autora hace referencia a las campañas de Campomanes y de Floridablanca para evitar la llegada de las obras de los ilustrados franceses a España y al posible papel que, de no haber sido expulsados, podrían haber jugado los jesuitas en esa oposición a autores como Voltaire o Rousseau.

David Martín López  
Universidad de Castilla-La Mancha